

Álex Cuesta, camino a la felicidad

Álex Cuesta Rodríguez

Álex Cuesta

CAMINO A LA FELICIDAD

Los pasos de la transición

Capítulo 1

CAPÍTULO 1: DESDE SIEMPRE LO SUPE

Desde siempre lo supe. Siempre me sentí como un chico. Estaba en su equipo. Cuando era pequeña jugaba al fútbol con los chicos en el recreo. Alguna vez iba con las chicas para ver qué hacían, pero era muy aburrido. No me sentía como una más en su grupo. Por eso, al cabo de un rato, volví con los niños. Ahí estaba feliz. Ahí era uno más.

Mi mejor amigo era un niño. Con él pasaba muy buenos ratos. Jugábamos al fútbol, con los videojuegos, a andar en bici y por supuesto, con los juguetes de niño. Cuando era navidad, yo pedía el mismo juguete que pedía él, para cuando estuviera en mi casa, seguir jugando a lo mismo que habíamos jugando durante el día. La verdad que no sé si tiene algo que ver el tema de los juguetes siendo trans, pero los de niña no me llamaban la atención. No los quería ni ver delante. Tuve la suerte de que mi madre me dejaba jugar con lo que quisiera. Así que toda mi infancia la pasé jugando con los mismos juguetes que los niños.

En las revistas sobre juguetes solamente miraba la parte de los chicos. Lo mismo pasaba con la ropa. Ponerme un vestido era algo así como misión imposible. Me sentía ridícula. Estaba muy mal a gusto. Siempre me revelaba y lo conseguía. Me costó unos años librarse de los vestidos. Pensaba por dentro, ¿por qué tengo que ponerme esto? Esto no es para mí, yo tengo que llevar pantalones y camiseta. Ah y los lazos en el pelo, me los quitaba todos. Los tenía todos guardados en un cajón y ahí siguieron.

La lucha de la ropa continuaba cuando había que ponerse el traje regional. A mi madre le decía que me quería poner el traje de asturiano de mi hermano y ella no, tú tienes que llevar el de tu hermana. Era un suplicio llevarlo puesto. Ya no digamos nada el día de la comunión. Algunas niñas sueñan con ser princesas por un día, menos yo. Yo siempre quería ser el príncipe con espada y armadura. El día de la comunión tuve que dejar la melena durante meses antes, primera batalla perdida. Segundo, el vestido. Y tercero, llevarlo puesto tanto tiempo. En cuanto terminó la comida familiar me lo quité y fui a jugar. Mi mejor amigo estaba en la comunión, así que tras el suplicio, venía la recompensa, ser libre y jugar.

Ya en la adolescencia te dejás llevar. Vestía como el resto de las chicas. Era lo que tocaba. Tocaba ser una más y no llamar la atención. Me ponía falda, maquillaba y toda la pesca. Todas íbamos vestidas con la famosa cazadora de Lois y las botas Destroy que te dejaban los pies hechos polvo. Éramos como un ejército. Cuando tienes 15 o 16 años te crees que lo sabes todo, quieres crecer antes de tiempo y cuando ibas a las discotecas hasta las diez de la noche, te creías muy mayor cuando en el fondo eres

solamente una cría. Luego volvías corriendo por la calle Uría para no perder el último tren. ¡Qué tiempos! Entonces mi conexión con el hombre que llevaba en mi interior estaba bastante calmada.

Los días en plena adolescencia iban pasando entre exámenes y fines de semana de estudio combinados con salidas por las tardes con mis tres mejores amigas. Ellas siempre estaban ahí. Te acompañaban en cualquier aventura. Ah y no nos olvidemos del messenger. Había que conectarse todas las tardes para estar al tanto de lo que hacían tus amigos. Era como el wasap de hoy en día. En aquella época ya me gustaba alguna chica, pero yo lo negaba. Digamos que estaba bastante oculto. Se lo había contado a mis mejores amigas, pero yo no quería verlo. Estaba totalmente colgada de ella. La primera chica que me gustó con 15 años y no iba a ser la última.

En la edad adulta bien entrados los veintitantos me definía como lesbiana, pero algo me decía que no estaba bien del todo. Cuando tuve a mi primera novia estaba en una nube. Estaba feliz. La forma de vestir empezaba a cambiar y era mucho más masculina. Estaba cada vez más cerca de mi objetivo, pero no tenía ni idea. En mi interior algo me decía que no cuadraba, pero tampoco quería verlo. Me hacía la tonta. Estaba enamorada.

Con mi segunda novia, la forma de vestir ya estaba totalmente asignada. El pelo corto y prendas masculinas. Así me sentía yo misma. Cuando me dejó me quedé totalmente destrozada. Entonces empecé a pensar en mí y en cuidarme. Luego llegó de nuevo mi enfermedad y estuve recuperándome durante casi más de un año. Todo mi mundo se desmoronaba. Pero lo mejor estaba por llegar. La época en la que empezaba a pensar en mi felicidad y no hacer lo que los demás quieren para mí. A nadie le gusta que le organicen la vida.

Pasaron unos años y seguía sin pareja. Al principio, me importaba mucho. Me sentía solo. Luego aprendí a estar solo y a no necesitar a nadie. Así que más allá de los 30 y algo ya tuve el valor de decirlo. Con 34 exactamente. Al fin y al cabo, el valor de salir del armario como hombre trans. La respuesta, la que esperaba. A nadie le gustaba. Nadie me entendía y el clásico, ¿te lo has pensado bien? ¿Estás segura? ¿Desde cuándo lo sabes? O el clásico no sé, tú sabrás. El caso es que estás solo, te sientes solo. Si no llega a ser por los amigos, estaría hundida.

Entonces me puse en contacto con un hombre trans de mi comunidad que lo tenía entre mis contactos de Facebook y empecé a preguntarle dudas y dudas y más dudas. Él me iba comentando los pasos a seguir y me llamaba por mi nombre. Inicialmente fue César, pero después decidía cambiarlo a Álex que es neutro y así podía cambiarlo antes de tiempo. Antes de hacer la operación de mastectomía me refiero. Siempre me gustaron los nombres cortos. Después, todo empezó yendo a la Unidad

Trans. Ahí empezó todo.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2: ¿QUÉ SE SIENTE AL SER TRANS?

Yo llevaba más de un año dándole vueltas a la situación. ¿Cómo se lo decía a la familia? Leía y leía sobre el tema, también veía algún vídeo de los famosos youtubers pero no me atrevía a dar el paso. Hasta que al fin, me armé de valor y lo dije. ¿Cómo me sentí? Muy aliviado. Como si fuera Obelix y hubiera dejado el menhir en el suelo al fin. Libre de cargas. Libre para ser al fin yo mismo.

Pero, ¿qué se siente al ser un chico trans? No se trata solamente de la ropa o la apariencia física. Es ser lo que llevas queriendo ser toda tu vida. Es ser tú mismo. Cada vez que me visto cada día con ropa de chico, soy yo mismo. Suele ocurrir a menudo que me confunden con un chico. Claro, no soy nada alto sino más bien bajito y visto de sport, así que me confunden con un chico y yo encantado. En mi interior, luce una sonrisa cuando me confunden con un chico joven. Esa sonrisa debería estar ahí siempre, pero no oculta, sino bien fuera, que se vea bien.

Desde que salí del armario como chico trans puedo decir que soy feliz. Aún no empecé con el tratamiento hormonal, cosa que me da mucho miedo. Miedo porque es algo totalmente nuevo y no sé qué efectos tendrá en mi organismo, pero sé que quiero empezar. Empezar a ver los cambios como la voz o estar más fuerte. Para eso tendré que ir al gimnasio, con lo poco que me gusta. No penséis que vais a estar más fuertes y con músculos por ósmosis. No, amigos, hay que currárselo.

A veces me entran remordimientos de tener que haberlo dicho mucho antes. Veo a los chicos en sus canales de YouTube super jóvenes y luego estoy con 35 años. Pero, como dice el dicho, nunca es tarde. Siempre se puede empezar de cero y yo lo estoy haciendo. Así que si tienes dudas o no sabes cómo decirlo, ámate y lánzate. Tu felicidad está en juego. Créeme, no te arrepentirás, sino todo lo contrario. Te levantarás cada día siendo una persona nueva y renovada. Feliz, al fin y al cabo.

Lo que sientes cuando eres trans es que no estás en tu cuerpo. Sí, nací como mujer, pero yo me veo como un hombre. Mi cuerpo no me corresponde. El tema de la disforia de momento solo la tengo extendida en la parte del pecho, por eso quiero hacerme la mastectomía. Pero de la segunda operación, ya me da más respeto todavía y no sé si la haré finalmente. Lo que hay que ir es paso a paso.

He de reconocer que ahora me fijo más en los chicos cuando voy por la calle paseando. Pienso, que suerte tienes de haber nacido hombre. Todo hubiera sido más fácil si yo hubiera nacido con el sexo masculino. Pero la vida es para los valientes y hay que luchar por lo que uno quiere. Lo que

piensen los demás tiene que dar igual. Tu felicidad es lo primero. Vida solo hay una y hay que vivirla lo mejor que se pueda. De los chicos me fijo en su ropa, gestos, como actúan y demás.

En esto de la transexualidad, todas las opciones son válidas. No por no hormonarse eres menos trans. Hay hombres trans que deciden no hormonarse y sí que hacen la cirugía de pecho. Otros que se hormonan y solo hacen la mastectomía. O se hormonan y hacen las dos operaciones, la de pecho y los genitales. Lo que sí os pido es paciencia. El proceso es muy lento. No pretenderás operaros rápidamente y ya está. No, no es así. Hay que armarse de paciencia. Primero, acudir a la unidad trans de vuestra comunidad.

El día que pueda ir a la playa con mi bañador y tomar el sol con total normalidad, seré feliz. Ese día va a tardar en llegar, pero cuando llegue, será uno de los más felices de mi vida. ¿A vosotros también os pasa? Ánimo que todo llegará.